

introducción, cada vez es más difícil entender el pasado si no se la incluye. Aunque el ingreso de la multitud al escenario descrito por Braun se anuncia con platillos desde el principio del libro, ella en realidad aparece sólo en los capítulos finales, que tratan propiamente del 9 de abril. Esto tal vez sea consecuente con la idea del autor de que es Gaitán quien por primera vez otorga protagonismo a la multitud, protagonismo que dramáticamente va a ser asumido en aquel viernes de abril del 48. Sin embargo, uno lamenta que el estudio de la historia política del país previa a dicha fecha se centre precisamente en la elite, y la mentada multitud aparezca sólo al final. Vale la pena preguntarse si la multitud no estuvo en la movilización social de los años 20 contra la hegemonía conservadora; o en las marchas de hambre durante los años de la depresión; o en las movilizaciones de apoyo a López Pumarejo. En todo caso, aparece la multitud y, en los magníficos capítulos VI y VII, Herbert Braun se interna en las acciones y motivaciones de esa multitud anónima y urbana que se apoderó del centro de Bogotá y puso en jaque la convivencia política. (Braun, desafortunadamente, sigue considerando el 9 de abril como "bogotazo", desconociendo en la práctica los importantes sucesos de provincia.

La multitud bogotana, según Braun, no pudo ir más allá de una protesta vengativa, y cuando empezó a pensar "en el otro día", volvió a legitimar el orden que temporalmente había subvertido. Los convivialistas habían sufrido un duro golpe, del que no se recuperarían fácilmente, a pesar de seguir usufructuando el poder. Así termina Braun su libro y su juicio a la elite convivialista, la cual, a juicio de un lector desprevenido, termina siendo más culpable de lo que se pensaba. Por todo ello, *Mataron a Gaitán* de Herbert Braun constituye un novedoso enfoque sobre un tema que ha perseguido a generaciones de colombianos aquí y en el exterior.

MAURICIO ARCHILA NEIRA

"El homenaje justifica el libro"

El padre Gabriel Giraldo, S.J.,
la fuerza del carácter
Alberto Dangond Uribe
Plaza y Janés-Epoca, Bogotá, 1987.

Antes que a un libro, se impone la referencia a un emocionado y merecido homenaje. Estas páginas son apenas accesorias. Trémulos de ternura y de gratitud, los cerca de dos mil "hijos" del padre Gabriel Giraldo, decano y emblema perenne de la facultad de derecho de la Universidad Javeriana y uno de los hombres a un tiempo más conocidos y más desconocidos del país, celebraron en Medellín y en Marinilla, su pueblo natal, ochenta años de la existencia de este sacerdote ejemplar.

El elogio quiere expresarse, pero no resultaría iluminativo. El testimonio dado por una vida es más dicente, pero se resiste a ser trasladado a la palabra. Desvelar los secretos del padre Giraldo tiene, me parece, algo de impúdico, y abordamos el libro con el temor incontenible de quien está invadiendo una esfera vedada. Sin embargo, la curiosidad impone la lectura de un documento poco usual.

Me uno al homenaje. Pero, en cierto modo, deploro el libro. En esta breve reseña, intentaré explicar ambas aserciones.

La historia de los jesuitas está surcada por lo emocionante. Un oscuro crimen inexplorado, una caverna, una batalla, una espada, un milagro, los garitos y los lupanares de Montmartre, un concilio interminable y la aparición del "anticristo" Martín Lutero, vieron nacer, con Ignacio de Loyola, la Compañía de Jesús. Un apóstol se interna en el Japón, con el valor de quien hoy predicase a Cristo en las calles de Teherán. Otros, más tarde, se aventuran en la China y llegan a tener más influencia ante los emperadores que la que lograra Marco Polo en la corte de Xanadú. Su

secreto: fueron tolerantes. Occidente no pudo soportarlo. Fueron desterrados, pero dejaron admirables cartas edificantes. De igual manera sucumbió la increíble aventura de las misiones del Paraguay y del Orinoco. Humboldt y el cine lo han bellamente atestiguado. La educación en América les debe casi todo. La Universidad Javeriana es un ejemplo. Fue fundada en 1622 por el padre Mas Burgués (su nombre es una mera ironía del destino). Uno de los primeros javerianos llamóse Lucas Fernández de Piedrahíta, obispo de Panamá, ilustre cronista y descubridor de las singulares islas de los Galápagos.

Han sido perseguidos y vilipendiados; innumerables veces expulsados. Acaso no hay mejor testimonio de sus bondades que aquél. Los campos de concentración, monumento único a la infamia, vieron morir a un santo mártir polaco. Y el 6 de agosto de 1945, las ruinas pavorosas y radiactivas de Hiroshima soportaron los pasos trémulos del primer sobreviviente, del primer socorro llegado a los desdichados; llevaba en sus manos la cruz de Cristo y se llamaba Pedro Arrupe.



Uno como ellos es el padre Giraldo. Temple militar, carácter. La fuerza del carácter. El título constituye un real acierto. El padre Giraldo ha encarnado como pocos, y es fama entre sus discípulos, el vigor de la personalidad. Su presencia induce a lo que los abogados llaman "temor reverencial". Es un misterio a cuyo influjo nadie puede escapar y que se halla en muy contados seres humanos.

Nació el 24 de enero de 1907. "En la pobreza se educan bien los caracte-

res", es el resumen de su infancia. Algo muy semejante a un milagro decidió el curso de su vida (pág. 46). Se identificó con los principios de la regla: pobreza, castidad y obediencia. El jesuita abdica por completo su libertad; es un esclavo de la orden y de cada uno de sus superiores, al modo militar. La orden entera, a su vez, es esclava de la voluntad papal, por expreso designio de su fundador.

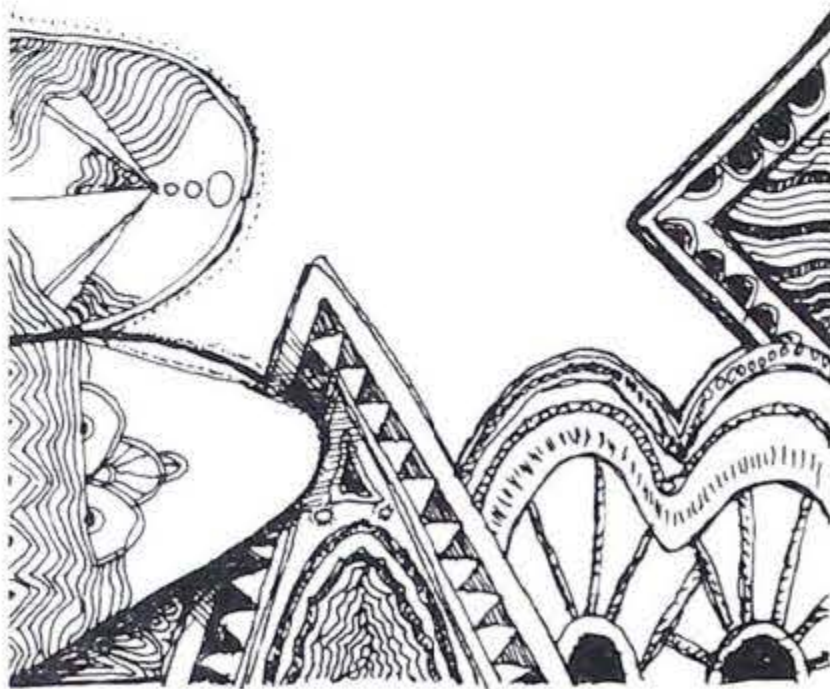
Viajó a Europa. Fue testigo del estallido de la segunda guerra mundial; lo vemos, curioso, mezclado entre el público cuando Mussolini, en su célebre balcón de la Piazza Venezia, decide que Italia entre en liza. Volvió el padre a Colombia, enseñó historia de la Iglesia y fue maestro en el colegio de San Bartolomé hasta cuando el destino lo colocó en la facultad de derecho. Se aficionó desde entonces a los tintos, al *whiskey* ocasional, a la universidad, al afecto, a la charla, a la lealtad, a la severidad, a la justicia y a los avatares de la política, sin intervenir activamente en ella, aunque muchos no lo crean, pero gozándola a través de los periódicos, de las conversaciones o de los discursos de Laureano Gómez, aquél que con pasión peroraba: "¡Y tu Crispín mal hombre...!".

Propaló autoridad y respeto, impulsó la creación de la Fundación Gabriel Giraldo y se dedicó a edificar principios éticos dentro de sus alumnos, así como a preparar con minucia cada nueva edición de la aprestigiada revista "Vniversitas".

Como el rey Ciro de Persia, que sabía llamar por su nombre a todos los soldados de su ejército, el padre Giraldo ha sido memorioso. Conoce al dedillo los nombres no sólo de sus alumnos sino los de los miembros de sus familias, y no olvida detalle que concierna a cualquier miembro del impresionante catálogo —más por su calidad que por su cantidad— de los que por sus aulas han pasado.

Ciertas facetas notables de su personalidad han pasado casi inadvertidas. Quiero ahora hacerlas resaltar. Es escritor correctísimo, como lo asevera el prologuista del libro, Nicolás del Castillo. Conoce admirablemente la historia de la Iglesia. Hace unos años, tuve la rara ocasión de

comprobarlo. Participaba yo en un concurso televisual. La historia eclesiástica era una de mis muchas ignorancias. Sólo una obra especializada podía darme los nombres de los generales de la Compañía de Jesús. Sabedor de los conocimientos del padre Giraldo en aquellos absconditos recodos del saber, le pregunté, casi al azar, por los cinco primeros. Sin la menor vacilación me respondió:



—San Ignacio de Loyola, Diego Laínez, san Francisco de Borja, Everardo Mercuriano y Claudio Acquaviva. Sin embargo, mono (todos sus discípulos son "monos", incluso los que no desmienten su ascendencia africana), llámeme a las cinco.

Creí que lo olvidaría. No obstante, a las cinco en punto de la tarde, escuché su voz seca y cortante. Sin preámbulos repitió la lista. Había consultado. Y estaba en lo cierto.

Es su voz la voz del siglo XX. Sus menciones abarcan desde un inicio, que no es fortuito, con el aciago 9 de abril, hasta los últimos presidentes de Colombia; con todos ellos ha tenido trato. El libro pasa sobre importantes figuras del siglo, como Gandhi, aquel hindú que enseñó que la fuerza no reside en el vigor físico ni en las armas sino en la voluntad indomable. Ilustres sacerdotes, políticos notables, pasan por sus hojas. Se echa una mirada sobre las supuestas crisis de la Iglesia y de la Compañía de Jesús. Sus conceptos, los pocos que Dangond no monopolizó, son lúcidos. Las leyes en Colombia deben antes aplicarse que reformarse. Instituciones tenemos, recalca, cuyo único objetivo parece ser el de estorbar la labor de las demás.

No es reproable profesar doctrinas políticas. Dangond lo hace. Quizá el padre Giraldo comulgue con él en sus gustos. Lo que sí no creo aceptable es el permanente intento por comprometer al entrevistado con las teorías del entrevistador, más cuando el primero aduce, con insistencia no escuchada, que sus discípulos, a sus ojos, no tienen partido. No son ni liberales, ni conservadores, ni comunistas. Son, antes que todo, javerianos.

Una referencia literaria es interesante. Dangond trae a cuento una novela, poco conocida, de Pedro Antonio de Alarcón: *El escándalo*. Un hombre, Fabián Conde, es atropellado por la vida, por la injusticia; acude al padre Manrique, jesuita, en busca de consejo. Sus enseñanzas profundas harían merecer mejor suerte a la novela dentro de la literatura universal, mas en un mundo de valores trastocados no debe extrañarnos su injusto olvido.

Al final, sin embargo, nos queda el sabor empalagoso de la excesiva referencia a Fabián Conde y al padre Manrique, en las páginas de Dangond, relacionadas, lo que es peor, con oscuras reivindicaciones suyas, que no quieren mencionar hechos ni nombres y que aspiran a ser avaladas por la bendición del padre Giraldo. Si bien ellas pueden ser justas —el sorprendido y perplejo lector no puede saberlo—, no parecen de recibo en un libro cuya aspiración es bien otra que la de hacer denuncias personales.

Y es que la obra en sí, infortunadamente, es harto pecadora. Porque Dangond, cuya inteligencia y conocimientos nadie puede desconocer, ignora, hasta lo indecible, el sentido del humor. Prefiere a menudo los dudosos caminos del panegírico y del autoelogio. Las preguntas son deshilvanadas; no obedecen a ningún orden. Y no se abstiene de formular las que sugieren determinada contestación. El libro consigna repeticiones inútiles, que apenas si indican que se pasó distraídamente de la grabadora a la prensa. La edición, por otra parte, es deficiente. Frecuentísimas faltas de ortografía y de puntuación denuncian el apresuramiento. A menudo, el lector lo comprobará, es preciso acudir al contexto para dilucidar quién es el que habla, si Dan-

gond Uribe o el padre Giraldo, o si se trata acaso de una página de Laureano Gómez.

El homenaje justifica el libro. La obra de la Fundación Gabriel Giraldo debe ser impulsada. Es esta obra, por ahora, el mejor documento escrito que poseemos de aquella vida que reclama unas improbables memorias o una biografía bien lograda. Nada obsta para que en el futuro alguien la emprenda. Yo, por mi parte, uno de los dos mil hijos del padre Giraldo, no puedo considerar esta serie de entrevistas como el recuerdo palpable, definitivo y perdurable de la figura inolvidable de un verdadero maestro.

LUIS H. ARISTIZABAL

Nada explica mejor la vida que un amanecer

Himalaya

José Fernando Machado

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1986, 269 págs.

Hay dos razones para ir al Himalaya: buscar los límites del propio ser y comprender que el miedo a la muerte es la forma más intensa de vivir. Por lo menos así piensan algunos montañistas. Para ellos, la montaña es tan sólo el medio para llegar a ese límite; y para lograr un mayor conocimiento de sí.

En el fondo, éste ha sido el anhelo de muchos viajeros. Desde Ulises. Las literaturas de todas las épocas están llenas de tales relatos.

A través de la historia, nuestra América ha sido la meta de innumerables aventureros que nos han dejado el recuento de sus viajes. Baste mencionar a Colón y a todos los que escribieron las crónicas maravillosas del descubrimiento. Otros siguieron sus pasos: Humboldt, Carlos Wiener, el

doctor Jules Crevaux. Ahora, son unos colombianos quienes viajan a un continente lejano para traernos sus crónicas. Se trata nada menos que del relato de lo visto y lo vivido por la primera excursión colombiana al Himalaya, escrito por José Fernando Machado, uno de los participantes.

El 9 de mayo de 1984 salen de Bogotá el instructor de la Cruz Roja de Ibagué, Manuel Antonio Barrios; Marcelo Arbeláez, estudiante de geología de la Universidad Nacional, y el arquitecto José Fernando Machado, presidente de la Asociación Colombiana de Montañismo. Posteriormente se les une Raymond Bodenmann, empleado suizo de la firma Nestlé en Bogotá.

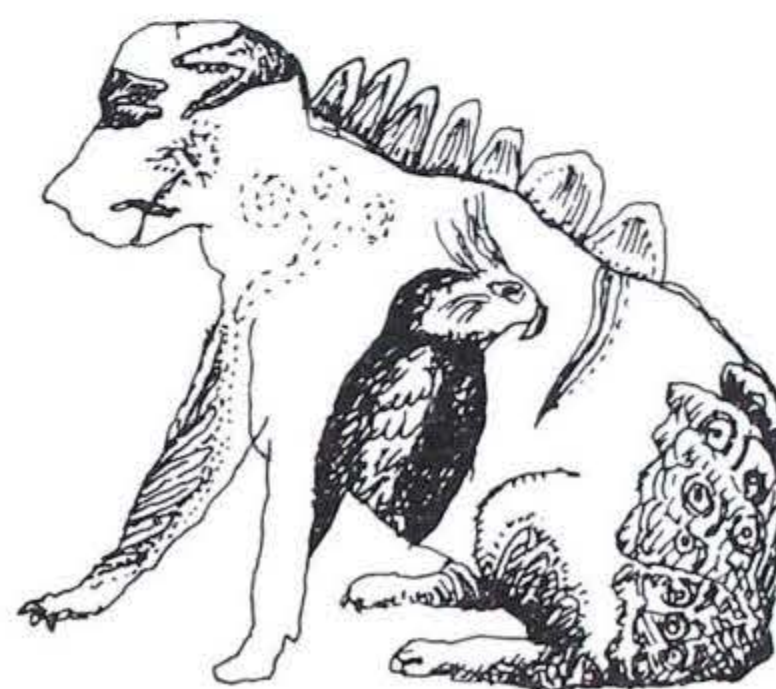
Van con destino a Pakistán, con el objeto de ascender el monte Falchan Kangri, una de las catorce montañas del mundo que sobrepasan los ocho mil metros sobre el nivel del mar, cerca de la frontera china. En realidad, es el duodécimo pico más elevado del planeta, también denominado Broad.

La primera etapa del viaje transcurre en Europa. En París adquieren los equipos necesarios; en Zurich finalizan los arreglos con la empresa Ski & Berg, especializada en organizar este tipo de excursiones. Así, los colombianos forman parte de un grupo mayor, con varios alpinistas europeos.

Pasan a Rawalpindi, la ciudad paquistaní que tiene al norte las montañas heladas y yermas del Himalaya, y al sur el horizonte ardiente y desolado del desierto de Thar. Allí se encuentran con sus cinco nuevos compañeros, entre quienes están el médico Martin Kraska y la única mujer del grupo, Hanna Müller. De acuerdo con las normas del país, el grupo debe ir acompañado por un oficial de enlace. Les corresponde el legendario Ashraf Aman, militar paquistaní del ala del ejército encargada del montañismo y del rescate, quien ha acompañado decenas de expediciones a los picos más famosos.

Ultimados los preparativos, parten en avión "sobre cientos o miles de cumbres inaccesibles, agujas de granito, aristas, paredes, cortinas de hielo, gargantas que forman desfila-

deros, canaletas, collados y crestas torturadas interminables" (pág. 53), hasta Sakardu, a orillas de Indo. Tras una corta etapa en campero a Dassu, empiezan a caminar los 140 kilómetros que los separan del pie de la montaña. Van por senderos a orillas del río Braldo, en un lento ascenso al sitio en donde levantan el campamento base, a cinco mil metros de altura. Hasta allí los acompañan 67 porteadores que transportan a las espaldas 1.700 kilos de equipos y alimentos.



En este recorrido pasan por aldeas de agricultores y pastores; pueblos baltíes, que habitan la cuenca del Indo y hablan idiomas descendientes del antiguo tibetano. Aquellos parajes están llenos de leyenda: con frecuencia se topan con las ruinas de las posadas de antiguas caravanas en la ruta hacia Turquestán o Cachemira. En ciertos pueblos, las observaciones son fantásticas. A tres mil metros encuentran las últimas poblaciones baltíes, que no utilizan la rueda, no beben coca-cola y a cuyas calles reemplazan terrazas que son prolongaciones de las propias viviendas.

El grupo disminuye a medida que avanza. Al rebajar las provisiones, quedan porteadores cesantes, a quienes cancelan sus servicios y devuelven hacia Dassu. A 4.800 metros sucede el primer accidente. Mahdí, un cargador, cae en una grieta oculta entre la nieve. Manolo, el socorrista de Ibagué, lo salva. Desde ese momento, los colombianos se hacen famosos entre los naturales y éstos empiezan a designarlos con el nombre genérico de Man-o-lu. Pero es la primera llamada de atención. El peligro se hace cada vez más inminente.